

[Léxico de incertidumbres culturales]

Léxico de incertidumbres culturales

Ahora probablemente no sea necesario pensar la cultura. Lo urgente es mantener el caudal de ella misma que nos ha traído hasta aquí. Lo que inquieta son los embates a que se ve sometida, unos tecnológicos, otros olvidadizos, algunos más por simple desconcierto, pero todos arrojando incertidumbre acerca de si esta cultura es la que merecemos o la causante de ciertos males; o si se nos escapa. Pero no es la cultura sino la actividad en que fragua, este que llamamos «sector cultural», lo que precisa algo o mucho de reflexión. Porque pareciera que cuanto se nos viene abajo al calor —o al frío— de una crisis viniera a precipitarse en cultura: en qué ideamos o recordamos o creamos que ahora no funciona; que no satisface como confiamos que nos satisfaría. Así que habrá que trepar a la atalaya y otear con la rosa de los vientos a la mano: es lo que pretendo hacer con ayuda de algunas palabras.

Pedro A. Vives

Conocimiento y sabiduría en tiempos de «Wikipedia®»

ACCESO. Si todas nuestras opciones se limitaran a dos, estar seguros de algo o sospechar de casi todo, la vida sería bastante más cómoda. Especialmente esa que llamamos vida *intelectual*, que viene a ser la única faceta de la existencia sobre la que somos soberanos a la hora de prolongarla o achicarla cuanto nos venga en gana. Pero la cosa no viene así. Es complicada y a ratos parece que irresoluble, porque las tesituras en las que hay que optar se multiplican y sólo queda el consuelo final de percibir, con satisfacción, que eso mismo nos constituye, que es nuestra, o *la*, cultura en la que gozamos de cientos o miles de certezas que sabemos plagadas de incertidumbres. Hace muy poco Andy Miah, un británico entregado a la bioética, venía a decir comentando los avatares de su oficio que el incremento de posibilidades de elegir comporta más incertidumbre: no sólo en materia biológica, habría que apostillar, sino en todo, en la vida en general, en la congruencia de las ideas, en la comprensión de cosas y sucesos, desde luego en la cultura que no para de reinventarse y exigirnos adaptaciones, de requerirnos una comprensión nueva o más extensa, también un léxico actualizado o reconvertido del previamente válido.

Las opciones para saber o conocer ahora, al arrancar este siglo, son múltiples en gran medida porque están disponibles en contextos también diversos, en el ámbito íntimo y personal a la vez que en el espacio público. Y ello se lo debemos a soportes y conexiones, a la *tecnología*, así en general, de la que se ha dicho que comenzaba a ser sinónimo de inteligencia o que hacía iguales al sabio y al niño que maneja un ordenador... Seguramente en esas hipérboles desgarradas se condensan los abanicos de posibilidades que a la postre inducen incertidumbre o que, expresado de otro modo, permiten prescindir de matices entre saber y conocer porque los dos conceptos han quedado nublados en el de *acceso* al conocimiento (o al saber). De manera que la cuestión de cabecera de estos párrafos puede que ya sea apenas retórica: si es necesario se accede al *buscón* de la RAE y, en caso de no estar para sutilezas semánticas, se pincha en Wikipedia® y se echa el rato saltando de un enlace a otro hasta transmutarse uno de curioso pertinente en evaluador inane, en editor de puntos sobre las íes, en Torquemada de ignotos voluntarios de la divulgación, eruditos quizá de salón o mesa camilla o capaz que frustrados maestros (de Buscón a Torquemada... sutil juego de retorno a quién sabe si nuestro inconsciente hispánico).

Pero saber y conocer¹ no debieran acabar en un mismo saco por simples razones tecnológicas pues, al menos en nuestra lengua, han devenido en vías yuxtapuestas, colindantes a la hora de acotar cómo *accedemos* intelectualmente a las cosas. El conocimiento sea como llegada, como entendimiento o percepción, como las tres pulsiones a la vez, es la esencia del *acceso* a lo real o a lo imaginario tal como enseñó Ernst Cassirer hace ya más de medio siglo; y, siquiera diccionario en mano, la sabiduría es el grado más alto del conocimiento o el más profundo, capaz también de adentrarnos en la prudencia con que encarar la vida. De ahí que no esté de más basar la idea de cultura en el conocimiento y la de ciencia en el saber y la sabiduría, aunque tales sutilezas se nos estén perdiendo en el hábito de asumir el mundo como algo inmediato, a

1 [□] Según el D.E.L.E.: *Conocer*, 1. Llegar a tener en la mente la naturaleza, cualidades y relaciones de las cosas. 2. Entender, advertir, saber echar de ver. 3. Percibir el objeto como distinto de todo lo que no es él. Y *Saber*, 1. Conocer algo o tener noticia o conocimiento de ello. 2. Ser docto en algo. 3. Tener habilidad para algo o estar instruido y diestro en un arte o facultad. 4. Estar informado de la existencia, paradero o estado de alguien o algo.

[Léxico de incertidumbres culturales]

disposición, de acceso fácil, doméstico incluso: algo que se nos entrega por múltiples vías de opción que nos acercan a la incertidumbre.

Uno podría encarar ese bucle a partir del principio aristotélico de que en todos los seres humanos existe un deseo desinteresado de conocimiento. Pero la filosofía, ni la más primaria, vende mal en nuestro tiempo. Lo actual es que cuantos seres humanos entran, se exponen y se expresan en cualquiera de las redes al uso parecen contar con un plus de distinción, pertenecer a una clase imprecisa pero que goza de más ventajas y prestigio que quienes no actúan igual. No sabemos sin embargo si de ese flujo participativo en el foro virtual ha de derivarse un caudal mayor de científicos, universitarios, creadores para esta sociedad misma y la futura inmediata. Sabemos sólo que equis cientos o miles de criaturas se han *puesto* al ordenador —o al aparato de su elección— para vaciar su pulsión de conocimiento, de estupor, de discrepancia o de meditación personal o de entusiasmo. Y, eso sí, en solitario. En tanto, paradójicamente, como reflexionaba no hace tanto Aurelio Arteta al hilo del devenir vasco, son muchos quienes contando con un pensamiento articulado desdeñan una tarea positiva ante la opinión pública, o renuncian voluntariamente a ella en aras quién sabe si de una paz individual o una batalla interna y pérdida. En semejantes términos, una mayoría de científicos, sabios, filósofos «dejan pasar» ante sí el ruido mediático, digital y enredado, cuyos efectos puede que desestructuren la cultura dejándola poblada de sombras y bulos, mitos y dogmas, cuando no de simple corrección política al paso y en torno a lo ya trillado.

EXACTO. Mientras persista como idea dominante la preeminencia de la *exactitud* tecnológica sobre el rigor científico o cualquier otra capacidad de relación intelectual con el entorno, corremos el riesgo de una limitación del conocimiento que haga cada vez más extraña la libertad de discurrir y la capacidad de interpretar, como si el viejo divorcio de «ciencias y letras» fuera una maldición sin retorno. Pero ese es el clima dominante en el que uno alcanza a compadecer la dejadez del sabio, del pensador, ante hechos mejor o peor consumados. Es igualmente comprensible que proliferen erudiciones menudas, intrascendentes y estériles las más de ellas, alimentadas y multiplicadas en internet, la conectividad y las redes: al fin, ha sido y es una aspiración radical del ser humano, una expresión primaria del aristotélico deseo de conocimiento. Pero es menos digerible que la corriente histórica del conocimiento vaya a desembocar en su propia banalización y en una renuncia justamente a las ideas de progreso, cambio y superación. Un concepto imperfecto, inmaduro, de democratización o universalización del conocimiento, nos habría traído a la opacidad en la transmisión del saber universal. Si una hegemonía espuria de una ciencia mal digerida nos aleja del ideal humanista, esto es, del potencial de riqueza espiritual del ser humano, urge localizar a los muchos o pocos en condiciones de transmitir dicha potencialidad e instarlos a no «dejar pasar» más, o tan descarriadamente, el légamo de un saber superficial, automático, comfortable, inane.

El conocimiento necesitó articularse en sabiduría casi con el nacimiento de la escritura (no se preocupen; uno no está para remontarse a ningún origen). Al menos contamos con un referente sobre el que recapacitar las cosas: la antigua voluntad de organización volcada en hacer avanzar el saber, de la que nacieron las universidades. La universidad medieval, como siglos antes la academia, fueron el propósito de una sabiduría basada en el conocimiento sólo acorralado o contaminado por los espectros de la creencia o la quimera de la verdad, según qué tiempo y lugar. Con todo, la convicción acerca de la necesidad del saber ha estado en la base de cuanto podamos reconocer como avance de la humanidad, en el que durante largos períodos de la

historia ciencia, creación, humanismo, cultura en fin no fueron sino facetas de la misma piedra tallada. ¿Cuándo, entonces, la *utopía* de lo exacto concibió la utilidad de postergar el *artificio* de las ideas?

DIVULGAR. La propia historia universitaria tiene una respuesta para esa cuestión: en el Siglo de las Luces. A lo largo del XVIII es posible seguir la disociación de «ciencia» y «humanismo» en las universidades europeas que aún —o *ya*— asumían su condición de élite encumbrada —sólo la Ilustración acabaría con las cátedras hereditarias— a despecho de las raíces mismas del saber. Se ha ^[A]establecido un *élan* del quehacer universitario y ese mismo impulso transmitiría prestigiosa y pausadamente a las sociedades occidentales la riña entre ciencias y letras, entre lo exacto y lo discursivo. Todavía en aquel siglo, «...*El conocimiento puro era una pasión tan heroica como la poesía y también una manera práctica de mejorar la vida de las personas y de establecer una fraternidad que estuviera por encima de las lealtades nacionales...*»². Sin embargo, cuando a mediados del XIX tuvo lugar la diversificación de los estudios en las universidades, en lo que se ha denominado la «incorporación del despliegue científico», el divorcio estaba tan consumado que al tiempo aparecieron las primeras voces reclamando, recordando, la necesaria reflexión acerca de cómo la universidad debía proyectarse en su entorno social. Una relación entre ciencia y cultura, entre universidad y humanismo, entre certeza y crítica, ha estado pues en los mimbres de la institucionalidad universitaria desde hace siquiera siglo y medio, aunque sea difícil diagnosticar si en todo ese tiempo ha encontrado algún género de fórmula magistral con que resolverla.

Desde luego las muchas décadas del siglo XX en que las universidades de Occidente se han volcado en la formación de profesionales cualificados conocieron momentos críticos —ahora los pensamos así, no estoy seguro si también entonces— de la unión/desagregación entre ciencias y letras. La evolución general ha sido hacia la concepción *científica* del saber universitario, al punto de huir durante años de conceptos como las *letras* mismas, y aun la *filosofía* o las *artes* o las *humanidades*, para dar la bienvenida a *ciencias* sociales, *ciencias* históricas o, más desconcertante todavía, *ciencias* del comportamiento (como no es cuestión de «hacer sangre» en esta coyuntura, eludamos ahora a la *ciencia* económica). Al menos desde la generación de quien esto escribe, la tarea universitaria ha estado abducida, alienada, por un dogma cientifista cuyos efectos han sido benéficos en su sazón y útiles en señalados casos, pero esperpénticos en varios otros³. El caso es que, en tanto, el *élan* universitario de turno iba socavando la naturaleza cultural del saber, la categoría espiritual del conocimiento y hasta la necesaria razón ética del placer de la lectura; todo ello atraídos, embaucados por el resplandor social de la técnica que, llegados a su apogeo digital, nos está iniciando en el parque temático de una cierta ceguera.

2 ^[A] Antonio Muñoz Molina, «Romanticismo del conocimiento»; *El País*. *Babelia*, 30/6/12.

3 ^[A] Un amigo porteño, J.P.Correa, aludía a una anécdota que ilustra a qué me refiero: «*Leí que Gino Germani, a quien veneran los sociólogos, una tarde lo llama a Borges, le dice que los temas que enseña (literaturas germánicas e inglesa) no le interesan a nadie, que el modo en que las dicta no tiene que ver con la dirección en que va la Universidad y le rebajó el sueldo a la mitad...*»

PROYECCIÓN. La búsqueda de *proyección* cultural responde hace no tanto a una necesaria superación de lo que pudiéramos llamar el «ensimismamiento» de la tarea universitaria; mas sacar el saber hacia el entorno y a la vez permearse del conocimiento circundante no es faena sencilla, pues cabe desligarse o no de los corsés institucionales y puede o no que el hábito epistemológico tenga conseguido hacer al monje. Encolar un mundo de práctica claustral, cita sistémica, baremación totalizadora de capacidades, con otro atravesado en lo íntimo por la suprema lira, la mancha y la línea, el relato carnoso o desnudo, los compases desbocados, la loca prudencia y cosas por el estilo, no es fácil. ¿Dónde hallar o trazar la línea divisoria asentada entre *ciencia* y *cultura* y cómo articular su transgresión con naturalidad, retornando a la simbiosis de saber y conocimiento? En España solemos remontarnos al krausismo, a la Institución Libre de Enseñanza y a la Junta de Ampliación de Estudios, para rastrear un humanismo moderno en nuestro ADN que suele precipitarse en la frustración a poco de La Barraca y a las puertas del SEU. El proceso, claro, no fue ni tan escueto al principio ni tan árido después: J.Cantero lo ha reconstruido y desmenuzado al detalle⁴.

Pero deja un sabor de boca parecido a la aridez si se medita sobre la inelasticidad de nuestra universidad durante casi el siglo que va de fines del XIX a bien entrada la Transición a la hora de traspasar puertas y asomarse a sus ventanas, en comparación con lo acaecido en nuestro entorno europeo al menos desde 1945 en adelante. Basta compilar fechas de aparición de editoriales universitarias europeas y repasar sus títulos, basta rehacer historiales de orquestas universitarias, de estudios de danza o teatro en campus de Alemania, Francia o Gran Bretaña, y no sólo se nos queda flaca nuestra universidad del XX sino que el pulso krausista mismo nos parece débil y el sentido recuento de los Cajal, Unamuno, Rey Pastor, Blas Cabrera, y la «Resi» y la *agitación* intelectual ateneísta no alcanzan para un reconfortante directorio de trasvase entre universidad y sociedad españolas. Hubo luego, sí, una extensión universitaria en clave de imperio a lo largo (muy largo) del franquismo que se resolvía en borrasca de sahumero y propaganda, campechanía y llanura castellana, que no pudo evitar el hundimiento de unas naves fletadas para el estanque doméstico. Una proyección aquella de la tarea universitaria que precisamente se asomaba a la esquina para marcar territorio, para sospechar de poetas y editores, para tachar con lápiz rojo apellidos del exilio y para poner atuendo talar a un humanismo de CIFESA⁵. ¿Era aquello divulgación del saber?

EXTENSIÓN. Observando siquiera someramente el entorno occidental, ciencia y cultura mantienen durante décadas una relación de convergencia pero no fluida. Probablemente, por simplificar, la falta de fluidez entre ambas nace en el alejamiento productivo primero y el distanciamiento administrativo después, ya que la vieja idea universitaria había expulsado a la creación de entre sus tareas y a renglón seguido el estado contemporáneo fijó márgenes muy distintos para una y otra esfera. La transmisión ordenada del saber ha generado un sistema productivo y administrativo propio, complejo, celoso y en muchos casos dependiente pero anclado en el

4 [□] Jesús Cantero, *El concepto de la Extensión Universitaria a lo largo de la historia*. Dirección General de Universidades de la Consejería de Innovación, Ciencia y Empresa de la Junta de Andalucía, 2007.

5 [□] Llegaba al punto en que un catedrático-sacerdote-castrense —otra versión de la trinidad— nos asegurase, *ex cathedra*, que la historia (de los Descubrimientos Geográficos, para más señas) era algo sencillito, «cuatro ideas, pero muy bien aprendidas». Testimonio personal.

sistema; la creación, como eje de cultura, no ha terminado de darse un rumbo productivo específico, ha enturbiado su complejidad con entusiasmo *orgánico* y, en su caso, se ha abandonado a una dependencia de los márgenes financieros que la mantiene como sector mostrenco y vulnerable en el sistema, fuese el de bienestar o sea en la recaída liberal. La convergencia no fluida se vierte, entonces, en que las universidades se han transmutado en patrocinadoras y/o promotoras de cultura entre nosotros con distintos mimbres de partida en cada caso; pero, así como pugnan y se debaten para discutirse y renovarse a sí mismas hasta donde pueden, ni discuten ni cuestionan la *celebración* de la cultura a la que atienden en sus entornos⁶. Y no vale alegar que *esa* no sea su función: precisamente el instrumento social encargado de «hacer avanzar el saber» no puede hurtarse a la crítica del conocimiento.

Divulgar, difundir, promover, invitar a la cultura son objetivos nobles, necesarios, legítimos. Pero no sólo para la universidad. Si releemos la *Historia intelectual del siglo XX* de Peter Watson (Crítica, 2002) —ejercicio muy recomendable—, pueden escudriñarse multitud de circunstancias en la configuración de la cultura que hemos heredado, pero una seguramente volverá a llamar la atención: la corta incumbencia de la universidad en la construcción del sector-cultura de ese siglo. Hace falta una erudición inquisidora y articulada como la de Watson para rescatar los fundamentos filosóficos, experimentales, *científicos* que nutrieron desde ciertas universidades la elaboración de modernidad que todo Occidente acabaría manejando; pero sin mayor compromiso, sin actuación de oficio en las derivas críticas que se fueron sucediendo en un siglo *saturado* de innovación o vanguardia o pos-desencanto. Y cuando la universidad volvió explícitamente los ojos hacia «la cultura», ya entrada la década de los sesenta, lo hizo ahormada por pautas que de algún modo excusaban la función crítica y facilitaban la pulsión promotora: televisión, publicidad, espectáculo, y más tarde estrategia de marca, han suscitado la necesidad de que la institución universitaria *estuviera* en la cultura, en una cultura que había crecido, en el mejor de los casos, en sus alledaños. Ni que decir tiene que el «modelo» de intervención o proyección o extensión traía sello anglosajón, incluyendo un referente operativo y a la vez simbólico de probada eficacia socio-institucional: el deporte, a ser posible como espectáculo de masas y telegénico.

El referente deportivo plantea algunas acotaciones de interés. Primera que el deporte, aunque hoy repela a algunos considerarlo, es una articulación de cultura que no ha precisado mostrarse como tal. Segunda que su éxito en la proyección de la universidad en el entorno social depende muy mucho del clima financiero en que éste y aquella se desenvuelven y, así mismo, de la implantación fiscal del patrocinio. Otra, que también depende del nivel de desvelo por infancia y juventud en la sociedad de turno, cosa que en el mundo anglo-americano comenzó tímidamente a fines del XIX pero que en Europa tardó entre dos y cuatro décadas en generalizarse (y con taras fascistas). Y una más, que la llegada de la televisión alteró el rol

6 [□] Tomadas «al azar» dos declaraciones de principios podemos leer lo siguiente: «Desde el Secretariado de Extensión Universitaria, llevamos a cabo la tarea de difusión de una cultura innovadora y crítica, entre la comunidad universitaria y el entorno social. El cometido de las áreas de actividad que componen el Secretariado de Extensión Universitaria, es promover la formación y la difusión cultural organizando actividades divulgativas y culturales en los siguientes ámbitos: artes escénicas, ciencia y tecnología, cultura árabe, derecho, estudios asiáticos, historia, literatura, y medioambiente.» (UGR en su web); y «El Servicio de Extensión Universitaria, dentro del Vicerrectorado de proyección Social, Cultural e Internacional, busca constituirse en promotor de la creación, en difusor del pensamiento y en herramienta de acceso a la cultura en el ámbito de la comunidad universitaria y en el de la sociedad en su conjunto, con la finalidad específica de contribuir a la formación integral de los estudiantes universitarios en su proceso de educación permanente.» (UCA en su web). Los subrayados son míos.

comunitario de los deportes, especialmente los de equipo, proceso que afectó al también rol que habían desempeñado para las muchas corporaciones universitarias. Al menos esas circunstancias convine desmenuzarlas al usar el referente de cara a la cultura, porque la apertura de nuestras universidades hacia esta, ya a partir de los ochenta, ha tenido que encarar primero una argumentación legítima de su intervención, segundo un encaje presupuestario y financiero de su acción cultural, también una estrategia —arduamente variable— de objetivos socio-etarios, e igualmente otra de flotación en las aguas bravas de la comunicación, la imagen, ahora las redes dichas (entiéndase, que tanta dicha proporcionan, claro).

Como en las sociedades mediterráneas prácticamente no opera el principio filantrópico, la apertura hacia fuera de cualquier institución cuenta entre nosotros con ese hándicap para su extensión en el tejido social. Somos más dados a la magnanimidad. Y ello tiene sus implicaciones. En la medida en que la casa de la ciencia y/o las letras identifica como función propia la cultura, propone entre nosotros un *élan* de generosidad que ha de huir, como de la peste, de cualquier connotación limosnera, caritativa, que son claves mentales de mayor circulación en las riberas del *Mare Nostrum*. Quizá por eso este nuevo impulso tiende a aparecer descrito o presentado en categoría de *diálogo*, de intercambio, con el contexto socio-cultural. Está bien. Sobre todo si dicho diálogo se acoge a las prácticas de una cooperación espontánea. El caso, en fin, es que la extensión universitaria ha debido crecer eludiendo la apariencia de donante, incluso transmitiendo más vocación de debutante en los cosos culturales o de docto voluntariado en las arenas de la complejidad social. ¿Y es esa la funcionalidad que corresponde a la instancia universitaria para ensanchar el tejido social, intelectual, ciudadano, etc., en el que opera?

INTERVENIR. Intervenir en «cultura» es cosa diferente, hoy día, que hacerlo en el «sector cultural».

En el segundo caso se trata de actuar en un sistema creciente pero desigualmente mercantilizado para el que la o las universidades no disponen de productos suficientemente competitivos; de forma que su intervención tiene que vencerse hacia la promoción y la difusión, jugando con un plus de *garantía* académica, científica, que no figura precisamente entre los valores más retribuidos de la cultura *comercial* contemporánea. El sector cultural es además, en términos económicos, deforme, o «mal dimensionado» como gustamos decir ahora, porque lleva décadas acrecentando manifestaciones y productos a base de transferencias a coste cero, ofreciéndolos a precio simbólico cuando no gratuitamente y revistiéndolos de un criterio de éxito fundamentalmente endogámico. Esos rasgos gruesos son los que, a la postre, permiten a muchas instancias públicas y privadas «intervenir» en la edición, la escena, la plástica, la música o la danza sin correr excesivos riesgos: requiere cierta capacidad de (auto) financiación, otro cierto aparato de (auto) propaganda y cierta también operatividad sobre públicos (auto) definidos que no hay por qué calificarlos de *cautivos*... porque ninguno lo está, salvo de las pantallas, en nuestro tiempo. Esta sintomatología explica que, especialmente con mínima bonanza económica, hayamos visto fundaciones, colegios profesionales, entidades financieras, iglesias, aseguradoras, fabricantes diversos, interviniendo en el sector cultural. También las universidades están en esa situación. Como la crítica de turno forma parte del sistema, el sector cultural no se ha *estrellado* desde que se inventó el cine comercial, lo que resulta útil (hasta ahora) a unos y otros.

La «cultura» es harina de otro costal. Intervenir en ella significa, llanamente, encarar los vuelos y anclajes de saber y/o conocer. La función universitaria es justamente uno de los pilares de esa

«cultura» que, en esencia, es conocimiento en el tiempo y en el espacio concretos; es el pilar funcional en el que el conocimiento se crea y se acrecienta, en el que se sistematiza y se transmite de una generación a otra. Es decir, es responsable no sólo del hecho científico sino también de su validación articulada utilizable por la sociedad o, mejor aún, por la humanidad. Pero, posiblemente, cuando la extensión universitaria que conocemos se adentra en el «sector cultural» ciega u obstaculiza o posterga una reflexión sobre la «cultura» quebrando con ello la última parte de la función cultural universitaria: hacer el conocimiento científico utilizable, practicable, por todo cuanto no es su estricta comunidad.

Sacar la ciencia a las calles para que intervenga en la cultura debe querer decir sacar el saber acumulado para que, en la diversidad de opciones, el hombre contemporáneo disponga de un bagaje con el que contrastar sus incertidumbres. Saber pues, para combatir una amenaza de reducción tecnológica del conocimiento de la que ha advertido Inerarity, y ante la que reclama la capacidad y la libertad de interpretación de la persona. Habría que imaginar una *extensión* universitaria que propusiera a sus conciudadanos que el conocimiento, y la ciencia en él, no están condenados a ser sólo lo *exacto* y que por tanto existen márgenes para dilucidar e interpretar; pero habría que transmitir también claramente que esa disposición es suya, del individuo, y que aunque sus solas fuerzas le hagan creer que está solo frente la tarea, justamente el saber con su rigor y sus oscilaciones acude en su auxilio. Ahora bien, desde la «cultura sector» ha prosperado un género, una gama de productos, que ha puesto obstáculos a esta *extensión* que acabamos de idealizar. Bajo el epígrafe «divulgación científica» el hombre actual se ha hecho a disponer de un repertorio de certezas sobre mil cosas —el átomo, la historia, el universo, las setas, el bolígrafo...— cuyo envoltorio tecnológico precisamente tiende a coartar el salto a la interpretación o la duda o el cuestionamiento o la exploración.

INTERPRETABLE. Con el mayor respeto por la paleontología: ¿qué o quiénes rubrican como *exacto* que un tal «dinosaurio» era así y asá, con unos dientes no sé cómo y la cola de tantos metros y se restregaba contra esto o aquello y se peleaba a muerte con otro que era así y asá y vuelta a empezar...? Si es estrategia comercial, valga y aguantemos. Pero como «eso» está en las pantallas, lo salpimenta un científico con los atributos de tal y lo rubrican dos o tres *universities* (& Co.) de calado, «eso» es saber, es ciencia puesta a disposición: amén. Siguiendo con todos los respetos —y agradecido además por el entretenimiento— cabe añadir cientos de cuestiones del mayor rigor e interés; pero no sólo cabe también la duda —sistémica, heurística o sólo irreverente— sino la crítica cuando la pantalla, los atributos del busto parlante y las prestigiosas instituciones se adentran en la coacción moral, en el sesgo histórico, en el salto lógico, por no hablar de las para-ciencias místicas o los adobos de leyenda que se nos instalan como «saber», como «conocimiento». Esto es un obstáculo, arraigado en la costumbre de las sociedades analógicas o digitalizadas de nuestro tiempo, que instala la desconfianza sobre la libertad de pensamiento, de interpretación, a partir de una narrativa del saber escudada en el soporte tecnológico⁷.

⁷ [□] «...En nuestro país, décadas de adoctrinamiento en la ignorancia instigado por una mafia política agresivamente analfabeta han desprestigiado y casi extinguido el amor por el saber; lo han convertido en una especie de antigualla sombría que solo es tolerable si la reduce a unas cuantas pildoritas de colores administradas lúdicamente y con el adecuado envoltorio tecnopedagógico...»; Antonio Muñoz Molina, op.cit.

La institución académica —conservadora, investigadora y transmisora del conocimiento— habría de renunciar a su cuota de éxito mediático (que no es mucha) para repensar su papel humanístico que, por cierto, no habría de excluir a ningún *diplodocus* virtual o recompuesto. Al contrario; un humanismo traído a nuestra agitación digital contaría con sobrados mimbres para explicar que lo que *sabemos* merced a la paleontología nos capacita para *conjeturar* en una y en más direcciones. Una ética humanista para el siglo XXI invita al *élan* universitario a enumerar las ópticas morales que pudieron y pueden condicionar el conocimiento, dejando a la persona que evalúe hasta qué punto le conforta una, otra o su contraste; invita a deshacer ese encuentro vertical, sin alternativa, entre los expertos y las masas —Inerarity otra vez— al que denominamos «sociedad del conocimiento» y que pretende que las masas sólo se expresen virtual, fragmentaria, limitada, globalizadamente: deshumanizadas.

En fin, saber es, digamos, conocer de forma articulada, por lo que no cabe viceversa. Conocer es la gnosis elemental y constatable, la razón del ser *humano* en tiempo y espacio. A los hombres de la Enciclopedia les preocupaba que *todo* el conocimiento articulado que había llegado a constituir el saber de la Humanidad pudiera caer a un retorno hacia la nada, hacia la desmemoria colectiva, por lo que adoptaron una tarea más valiente que compleja: acotar, clasificar el conocimiento, de modo que ningún cataclismo, ninguna mudanza, pudiera justificar un olvido general. Renunciaban a una o varias *interpretaciones* pero trasladaron a los ciudadanos del futuro los cimientos de cuanto concibieran construir. Fundaron así, noblemente, una idea del conocimiento acomodaticia, pues cada estadio cultural desde entonces ha trazado su propia condensación —y condición— del saber, su diccionario y su vademécum hasta llegar a Wikipedia®. Precisamente Wikipedia® retoma la dialéctica entre saber y conocer en la existencia humana por la fluidez con que en el portal aflora la divergencia entre criterio *moral* de saber y *ética* del conocimiento.

Nuestro mundo está prefiriendo un saber fundamentado en algún género de verdad revelada, sea por un ente supremo, sea por la ciencia o la técnica como manifestaciones incontestables. La preocupación de editores y propietarios de Wikipedia® por concitar el rigor, el aparato crítico y la cita precisa u oportuna tiene una primera apariencia de conocimiento participado, «popular» en tanto que «internáutico» (expresión que no existe, cosa que no está mal por ahora), de sabiduría «democráticamente» deducida, con la que combatir el fraude y la farsa, la mentira en cuanto contraria a la verdad. Pero en el fondo es también el viejo temor ilustrado a la imaginación —la loca de la casa—, a la duda o, simplemente, a la narrativa. La tecnología, como el vademécum, nos libra de tareas pesadas. Pero no nos libera de la injerencia moral. ¿Podrá alguna vía de extensión universitaria recuperar la ética entre nosotros, el humanismo efectivo sin atajos revelados, sin verdad inamovible, sin didáctica ni catequesis?; aunque aceptásemos *creer*, ahora, que Plutón fue siempre una porquería de planeta enano (el muy «plutoide»...); ¡qué veletas, estos de la astronomía, y qué parroquianos nosotros todos confiados al pie del campanario digital!